



La Capilla siXtina

DUVERGER

Al profesor Duverger se le leyó mucho en mis años universitarios. Entre la literatura oficial sobre ciencias políticas y la de Maurice Duverger no había color. Llegó su pensamiento sobre todo a través de un manual del Fondo de Cultura y de librillos franceses de divulgación universitaria. Leer a Duverger era casi peligroso. Se vendían sus libros en las trastiendas de librerías, como si fueran LSD político o bien se vendían "in situ" dentro del claustro universitario por estudiantes con problemas económicos, algunos de los cuales siguen teniéndolos ahora como penenes o penenas.

¿Qué poco han cambiado las cosas!

Reconozco a muchos compañeros de aula vendedores semiclandestinos del peligrosísimo Duverger en ese coro de profesores que piden racionalización de sueldos y condiciones de trabajo. Y reconozco la peligrosidad de Duverger en esa medida de no dejarle hablar en Madrid.

—Oiga, don Sixto, pero este Duverger, ¿no es el reaccionario ese que a veces escribe en "Le Monde" con la pretensión de hacerse el científico?

—¿Duverger reaccionario?

—No se sulfure. Yo le he leído a ese señor análisis sobre la evolución política francesa que con el pretexto de tratar de llegar a conclusiones "objetivas", no eran otra cosa que una apología indirecta del sistema.

—¡Apología indirecta! ¿De dónde has sacado este lenguaje, Encarna?

—Del Lukacs.

—Pues poco reaccionario debe ser Duverger cuando se le impide hablar en Madrid.

—Es que en Madrid, hoy por hoy, no dejarían hablar ni a Giorgio Almirante.

Pienso que la programación del silencio es una forma como

otra de que sólo hable Giorgio Almirante. Pienso que Duverger volverá a Francia entusiasmado porque en la Europa de 1975 ha podido recuperar la silueta de una cierta juventud ideológica. Cuando lo cuente en París, va a formarse una cola turístico-política en las fronteras españolas.

—Vamos a España. Te prohíben y quedas como un revolucionario.

—Encarna, creo que he descubierto el truco. La prohibición de Duverger es una hábil maniobra de promoción turística. Los intelectuales se aburren en la Europa permisiva y España puede ser el revulsivo que necesitan. Tú ya verás cómo no tardan en aparecer carteles con el "slogan": Intelectual. Rejuvenece en España. Un país en el que aun te pueden prohibir.

No había terminado de lanzar esta presunción cuando llaman a mi puerta. El chico de los telegramas. Una misiva tan telepática como telegráfica de Menelao el Areopagita desde París:

"Intelectuales franceses, como locos. Stop. Agotados todos los pasajes hacia España. Stop. Ratifícame que se les prohibirá. Stop. ¿Tengo alguna esperanza de que se me prohíba a mí también? Stop. Si es así, hasta pronto. Stop. Menelao".

—¿Lo ves?

—No tienen arreglo. Son todos ustedes de un retorcido que dan asco.

—Encarna. Has de ser un poco más indulgente. Este es el último país del mundo donde la vida y la historia pueden repetirse gracias a la moviola, como si se tratara de una jugada de fútbol repetida por la televisión. Si eres capaz de irte al Afganistán para recuperar vivencias medievales, ¿es tan impensable que alguien venga a Madrid para recuperar la copia del Concilio de Trento? ■

SIXTO CAMARA